

Ediciones de Intervención Cultural

Más acá de la lucha antiglobalización

Author(s): Albert Recio

Source: *Mientras Tanto*, No. 80 (Primavera 2001), pp. 65-82

Published by: Ediciones de Intervención Cultural

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27820542>

Accessed: 15-02-2022 08:13 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Ediciones de Intervención Cultural is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*

Mas acá de la lucha antiglobalización

ALBERT RECIO¹

En los últimos años el discurso sobre la globalización casi ha llegado a monopolizar todo el debate sobre políticas económicas y sociales. Un discurso que mezcla, en dosis variables, aspectos analíticos y propagandísticos. Una combinación contradictoria que no puede perderse de vista a la hora de elaborar propuestas alternativas.

Nadie pone en duda que las formas de regulación de la actividad económica han cambiado sustancialmente en los últimos treinta años. Ni que una parte de esta transformación se ha caracterizado por una mayor interrelación de los distintos espacios y esferas económicas bajo formas de regulación neoliberales. Pero es también cierto que en una gran parte del discurso globalizador subyace la voluntad, por parte de sus principales beneficiarios, de allanar las resistencias locales a dichas políticas presentándolas como un proceso inevitable e incontestable a escala local, como un mero dato del que partir a la hora de adoptar políticas sociales y no como un proceso abierto en el que son posibles las modulaciones y los cambios de orientación. Una propaganda que tiende a exagerar el alcance real de la globalización y a omitir la gran cantidad de realidades que contradicen la aplicación del modelo en todos y cada uno de los rincones del planeta.

Perder de vista este doble carácter del discurso globalizador puede conducir a un error de percepción a la hora de poner en pie movimientos sociales orientados a combatir, bloquear, reorientar, transformar la actual deriva de las

1. Debo agradecer los comentarios, siempre puntillosos y bien dirigidos, de Xavi Pedrol a la primera versión del artículo que han permitido mejorar la redacción chapucera de algo que es poco más que unas reflexiones pasadas al papel. Sin duda él no es responsable de las muchas deficiencias del texto.

economías capitalistas para posibilitar formas de organización económica más humanas y más justas. En particular, el mayor peligro reside en la tendencia a orientar estos movimientos exclusivamente en la acción contra algunos de los agentes globales del proceso actual (Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio, Banco Mundial, etc.) lo que, dada la actual correlación de fuerzas conduce necesariamente a un modelo de intervención centrado en la acción de denuncia y la protesta puntual. Peligro que puede traducirse en aislamiento de estos movimientos (reforzado por las manipulaciones informativas que muchas veces permiten la propia naturaleza de sus acciones) y, sobre todo en el abandono de vías de intervención que pueden jugar un importante papel a la hora de hacer frente al modelo actual.

A la posible pérdida de perspectiva local que se intuye en algunos de los planteamientos antiglobalizadores, hay que añadir no sólo lo que considero visión un tanto sesgada del proceso de globalización, sino también una cierta mala conciencia por parte de los habitantes más sensibles de los países ricos frente a la situación de la humanidad empobrecida del tercer mundo. Una visión más común entre personas de clase media bienestante que percibe la situación de los países subdesarrollados desde una clave estrictamente pasiva. Una visión que tiene sus versiones de derecha —lo que hay que hacer es «ayudar» a los pobres para que dejen de serlo— o de izquierda —el «Sur» simplemente es un espacio explotado por el Norte— pero que encuentra sus puntos de confluencia en el convencimiento de que la transformación social pasa por una acción internacional (sea en forma de movimiento de protesta o de acciones solidarias a través de las ONG) al tiempo que se produce un cierto distanciamiento respecto de los movimientos y organizaciones ciudadanas que intervienen en la esfera local.

El objetivo del presente papel no es otro que ofrecer algunas vías de intervención en la esfera local que considero están estrictamente conectadas con la lucha contra la globalización. Espacios de lucha que en parte son cubiertos por otro tipo de movimientos y actores sociales con los que los movimientos antiglobalización deben «dialogar», cooperar e intercambiar proyectos y propuestas. Campos de intervención que pueden permitir ganar densidad social a la lucha por un modelo económico alternativo. No se trata sin duda de nada novedoso, sólo de un recordatorio de cuestiones con las que existen una y mil conexiones y cuyo olvido podría traducirse en aislamiento y ostracismo.

La estructura del artículo es en parte el resultado de una elaboración de urgencia, más orientado a provocar un debate que a dar respuestas cerradas. Y más desarrollado en aquellas cuestiones que mejor creo dominar que en las que me resultan más alejadas de mi experiencia laboral. Por esto está estructurado en tres partes. En la sección 2 trato de desarrollar una caracterización

de la globalización fundamentalmente en su vertiente económica, caracterización que considero útil para entender a qué fenómeno nos estamos enfrentando, aunque soy consciente de que se dejan muchas cuestiones por debatir que sin duda ensancharían el campo del debate. En la sección 3 planteo una serie de líneas de intervención local que desde mi punto de vista deben ser contempladas como áreas de acción por un movimiento maduro que trate de subvertir el actual orden de cosas. Por último en la sección 4 incluyo unos comentarios finales orientados a matizar y orientar la reflexión anterior.

Caracterizando la globalización

Antes de entrar en el análisis de las propuestas, conviene detenerse en discutir los aspectos más relevantes del actual modelo económico, significando especialmente aquellos aspectos que representan un modelo de ruptura frente a la situación anterior. Al menos trataré de destacar aquellas cuestiones más importantes que considero han de tenerse en cuenta.

En primer lugar, es evidente que el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación (electrónica, informática, telecomunicaciones, etc.) ha permitido profundizar el proceso de internacionalización productiva y económica. Al favorecer la rápida circulación de flujos informativos de todo tipo, estas tecnologías posibilitan la capacidad de control remoto, en tiempo real, de muchas actividades realizadas en cualquier parte del planeta y la descentralización productiva, y han desempeñado una función esencial en la «explosión» de los flujos financieros. Con ser muy importante este cambio, la «revolución» tecnológica no constituye una ruptura tan radical con el pasado como sus propagandistas arguyen, especialmente aquellos que pretenden argumentar que hemos pasado de un capitalismo real a un capitalismo virtual (o de un mundo industrial a otro post-industrial). Pues si bien es innegable que el nuevo marco comunicacional influye en las formas en que se realiza la actividad económica, ésta sigue basada en la manipulación de *inputs* materiales. De hecho el proceso actual, al ampliar la esfera espacial de la actividad económica (en todas sus facetas: expansión territorial de las actividades productivas, crecimiento del turismo de masas, flujos migratorios en múltiples direcciones, etc.), implica un crecimiento del transporte internacional con el consiguiente aumento del consumo de productos energéticos y la construcción de grandes infraestructuras con un elevado impacto ambiental. Tampoco resulta claro que el nuevo modelo tecnológico converja de forma unidireccional hacia un modelo de vida unificado, sino que más bien su impacto final depende de los contextos institucionales en los que se implanta. El propio movimiento antiglobalización constituye en parte un modelo de respuesta social basado en las nuevas condiciones tecnológicas que difícil-

mente puede considerarse una respuesta mecánica a las mismas. Los recientes avatares del comercio electrónico, algo que hace unos meses era visto como una de las oportunidades más promisorias de nuevos negocios, muestran esta complejidad: los mayores problemas de las nuevas empresas se han producido en la esfera real —en la dificultad de organizar el suministro y transporte de los productos que se ofrecen en forma virtual en la «web»— su crecimiento parece seguir, en cuanto a velocidad de implantación, el mismo recorrido que su antecesor, la venta por correo: crece más allí donde ya estaba implantada este tipo de venta. Aunque las nuevas tecnologías genéticas plantean otros problemas, no cabe duda de que su desarrollo va a estar afectado por constricciones materiales y sociales diversas.

Si la tecnología es sólo una precondition, los cambios más importantes se concentran en la esfera institucional-organizativa y se concentra en cinco grandes campos:

- La *liberalización financiera*, caracterizada por la libertad internacional de movimientos de capitales, la desregulación financiera dentro de cada país (aumentando el campo de actuación de los distintos intermediarios financieros), la diversificación hasta el límite de los activos financieros (innovación de producto), el crecimiento del papel de la bolsa y el cambio en las formas de financiación empresarial. Desde mi punto de vista se trata de uno de los cambios más importantes por cuanto se traduce en un creciente poder de los grandes operadores financieros, un aumento de la inestabilidad del sistema económico, un reforzamiento de las tendencias más especulativas del capitalismo y una cierta expansión de su legitimación por medio de la creación de un cierto «capitalismo popular» a través de la bolsa y las fórmulas de inversión colectiva. Este proceso ha estado animado tanto por las nuevas tecnologías como por las políticas emprendidas tanto a nivel internacional (acuerdos de los organismos internacionales) como nacional (por ejemplo, las diversas reformas de las políticas de pensiones públicas han tenido una influencia notable en la expansión de los mercados financieros, vía fondos de pensiones).
- La creciente *liberalización del comercio* y consiguiente despliegue de las diversas actividades productivas. Algunas de las novedades más importantes respecto a la época anterior vienen dadas no tanto por la nueva función que desempeñan algunos organismos planetarios como por la consolidación de algunas uniones regionales (Unión Europea, NAFTA, Mercosur) que han dado lugar a la formación de nuevas estructuras políticas supranacionales. Aunque a menudo se percibe la liberalización como un proyecto consolidado y general, su aplicación concreta resulta mucho más compleja: persisten importantes y variados mecanismos proteccionistas (en particular en los países más ricos y en algunos sectores específi-

cos), el despliegue del capital multinacional tiene lugar con lógicas diferentes en función del contexto institucional de cada territorio, de su experiencia productiva, de la amplitud del mercado local o regional, etc. Por esto se produce un creciente proceso de diferenciación no sólo entre países sino también entre áreas de un mismo país. Y por esto, existen una multiplicidad de formas de internacionalización que tienen especial incidencia en cada territorio concreto. Para los países subdesarrollados los peores peligros son la imposición de modelos productivos muy especializados y relacionados con un reducido nivel de derechos y regulaciones de todo tipo (laborales, ambientales, etc.), altamente vulnerables a los vaivenes coyunturales, y la imposibilidad de llevar a término políticas más autónomas de desarrollo como en otros tiempos pudieron hacer algunos de los «paladines» del desarrollo (Corea del Sur, Taiwan, China...). Para los países ricos el temor es el continuo chantaje a que pueden someterse los derechos sociales en aras al etéreo objetivo de la competitividad. Y para todos, el coste social y ecológico de un modelo de desarrollo basado en la explotación más rápida posible de los recursos humanos y naturales. Un modelo que muestra su gran vulnerabilidad cuando se trata de contener la expansión de males planetarios, como muestra el ejemplo actual de las «vacas locas».

- En tercer lugar, la aplicación de un modelo de *política económica* basado en los modelos teóricos de la «*nueva macroeconomía neoclásica*» según los cuales la búsqueda del pleno empleo es una quimera imposible, el control de la inflación (y con ello el mantenimiento de las rentas del capital) es el objetivo fundamental, la política monetaria desempeña una función esencial y el sector público debe ver reducido su peso. Estos modelos se basan en que la única posibilidad de reducir el desempleo a niveles adecuados pasa por intervenciones en el mercado laboral (fundamentalmente reduciendo el poder sindical, limitando los derechos laborales e introduciendo medidas que fuercen a las personas en paro a aceptar cualquier empleo que se les ofrezca) y por el control eficaz del gasto público y la inflación. Las políticas de ajuste propugnadas para muchos países en vías de desarrollo son una expresión diferente de una misma forma de reflexión teórica. De todos modos, la aplicación específica de estos principios y el grado de dureza con que se han aplicado han variado sustancialmente entre países y han dado lugar a situaciones diferentes en lo que respecta a derechos sociales, desempleo y desigualdades.
- En cuarto lugar, y en línea con el proceso anterior, se ha propugnado la *privatización* de una serie de servicios que anteriormente estaban en manos del sector público, argumentando que la gestión privada y la competencia son la forma más eficaz de gestionarlos. Cabe señalar que en este caso la experiencia ha sido muy diferente en cada país: por una parte, porque no existía un único modelo de sector público (tanto en el volumen

y peso de las actividades públicas, como en su eficacia y tipos de regulación), por otra, por el distinto ritmo y formas que ha adoptado dicho proceso. En todo caso, la privatización no ha eliminado la influencia del estado: los neoliberales son de derechas pero no completamente inconscientes. Aunque su propaganda insiste en la consigna «¡mercado, mercado, mercado!», hasta los más lerdos conocen que una desregulación completa puede provocar fácilmente el caos. La política neoliberal se ha basado en ofrecer un mercado regulado por normas claras, aunque las características han variado en cada caso concreto, así como sus efectos. En suma, el proceso ha dado lugar a una expansión del sector privado a costa del público, por más que en muchos casos el primero es un mero subcontratista de servicios de oferta pública.

- Por último el proceso actual se ha caracterizado por una profunda *reestructuración de la organización empresarial*, en particular de la gran empresa. Esta reestructuración ha adoptado formas muy diversas: expansión de contratos laborales atípicos, introducción de diversas formas de trabajo en equipos, departamentalización, subcontratas que cubren tareas en el interior y exterior de la empresa madre, contratos a largo plazo entre empresas, asociaciones empresariales para fines concretos, cadenas de franquicias, etc. Cambios que han supuesto la conversión de las grandes empresas de vastas organizaciones monolíticas en nodos de extensas redes productivas a escala nacional o internacional. Las razones de estos cambios son diversas, pero entre ellas emerge con especial importancia la voluntad de controlar a la fuerza de trabajo, de dividirla, de fraccionar la estructura salarial, los derechos laborales. Y una vez más los efectos de estos cambios, que en general han supuesto un repliegue de las políticas sindicales más avanzadas, cuando no un repliegue absoluto de los sindicatos, han tenido una incidencia diversa en función del espacio institucional en el que han tenido lugar.

Hay un aspecto común en las cinco transformaciones que acabo de subrayar: aunque en ellas tiene una especial importancia la esfera transnacional y la actuación de agentes supranacionales (organismos internacionales) o nacionales (las empresas multinacionales), ha desempeñado un importante papel la intervención pública nacional y regional. Como ya he subrayado, la aplicación concreta de muchas de estas políticas ha variado, a menudo sustancialmente, en función de la política local (no sólo del Gobierno, sino del conjunto de instituciones sociales). Lo cual indica que, a pesar de todo, la globalización sigue dejando muchos espacios de intervención y presión social directa. Existe además la evidencia que muchas de las instituciones supranacionales toman decisiones a partir de las propuestas y los votos de los gobiernos nacionales, lo que en muchos casos los hace directamente responsables de estas políticas y como tales perseguibles por su propia ciudadanía.

Observará el lector que en este análisis no me he referido a dos cuestiones clave de la vida social actual: el medio ambiente y las desigualdades de género. Sin duda cuestiones básicas, pero sobre las cuales la lógica de la globalización actual no supone novedades sustanciales, sino más bien agravamiento de viejos problemas. La mundialización aumenta el impacto ambiental de la actuación humana y hace más vulnerables —al especializarlos y conectarlos— los espacios naturales. La internacionalización si bien se desarrolla bajo un discurso humanista que parece favorable a mejorar los derechos de las mujeres, desarrolla una serie de políticas laborales y sociales que empeora las condiciones de vida de la inmensa mayoría de mujeres pobres. En este sentido las referencias al medio ambiente y al género en el discurso liberal son mera retórica.

Vale la pena consignar además que donde el proceso de globalización ha sido particularmente eficaz ha sido en el campo de la producción cultural. En parte ello está asociado a la importancia de los medios de comunicación de masas y a su control por las grandes corporaciones mundiales (mayoritariamente estadounidenses, aunque el origen de alguna de ellas sea australiano o alemán). Una importancia sin duda más crucial en las áreas urbanas y los países desarrollados que entre la población rural de los países pobres. En parte y muy significativamente por el papel unificador de las élites que tiene lugar fundamentalmente a través del complejo científico-universitario y los circuitos culturales globales. Un campo donde el estructurado sistema universitario estadounidense tiene sin duda un papel central en la producción y reproducción de una determinada forma de ver el mundo.

Algunas ideas para actuar localmente sin dejar de perder una perspectiva global

He aquí un pequeño recetario de lo que considero líneas de actuación locales que un buen «antiglobalizador» debería considerar:

Persigue a tu gobierno

La retórica de la globalización ha resultado especialmente útil a la mayoría de políticos en el poder. No sólo porque el credo neoliberal les ha dotado de una línea de actuación aparentemente sencilla de seguir —la liberalización— sino especialmente porque los ha hecho «irresponsables». La mayoría de reformas (mejor contrarreformas) de los últimos años se han justificado o bien atendiendo al impalpable imperativo de la «competitividad exterior», o simplemente escudándose en las órdenes emanadas de instancias supranacionales. Con ello pretenden haberse convertido en meros agentes de una lógica inter-

nacional cuyos actores o no existen o están más escondidos que el mago de Oz. Cualquier análisis minucioso de estas políticas permite cuestionar esta aparente ausencia de influencias políticas y muestra que estamos ante un caso flagrante de «teatro político», en la variante de ilusionismo.

Aunque nadie duda que existen presiones externas a las políticas nacionales, en forma tanto de flujos de capitales como de presiones de otros países y organismos internacionales, tampoco escapa que en muchos casos existen importantes grados de libertad a la hora de llevarlas a la práctica. Que dependen de las opciones concretas de cada país. Por poner un ejemplo reciente: las condiciones impuestas en el Tratado de Maastricht exigían la reducción del déficit y la deuda públicas. El que ello se tradujera en recortes presupuestarios, o éstos se concretaran en determinadas partidas era ya cuestión de cada gobierno. En el caso español, contando que el nivel de impuestos y gasto público es inferior a la media de la Unión Europea, lo más lógico era haber optado por un aumento de los impuestos (o simplemente de la lucha contra su evasión), manteniendo o expandiendo un gasto a todas luces necesario. El recorte de gastos y posterior recorte del impuesto de la renta en favor de los sectores más pudientes no era un mandato lineal de Maastricht sino la traducción del Tratado por el Gobierno de nuestro país. Aunque el Tratado contenía básicamente un proyecto neoliberal, su profundidad dependía de las medidas adoptadas por los Gobiernos locales. Y en este sentido limitarse a criticar al Tratado dando por sentado que había una sola forma de aplicarlo curiosamente pudo tener el efecto de quitarle responsabilidad al Gobierno de turno.

En otro plano, el de las decisiones supranacionales, también resulta evidente la implicación de los Gobiernos, al menos los de los países ricos. Evidentemente esta implicación varía en función del tipo de organismo del que se trate, aunque a menudo el carácter colegiado de muchas decisiones y la política de desinformación de los Gobiernos ayuda a camuflar su implicación directa en las mismas. Los hechos hablan por sí solos: es por ejemplo conocida la persistente actuación de diversos Gobiernos españoles en el bloqueo dentro de la Unión Europea de medidas tan variopintas como el establecimiento de impuestos ecológicos, el reconocimiento del derecho de los trabajadores a la cogestión empresarial o la aplicación de una política coherente frente al problema de las «vacas locas» (al igual que en otros hemisferios la negativa del Gobierno salvadoreño a que se le aplique la condonación de la deuda externa en aras a la seriedad). A lo largo de todo el proceso de globalización los Gobiernos han tenido y siguen teniendo mucha responsabilidad en la adopción de medidas supranacionales y en la modulación de su aplicación. De hecho si Seattle fracasó fue porque además de la protesta había desacuerdos muy importantes entre los gobiernos que allí estaban repre-

sentados, algo que también ocurrió en el primer intento fracasado de aprobar el AMI (Acuerdo Multilateral sobre Inversiones).

La lucha por hacer responsables a los propios Gobiernos, en sus actuaciones internacionales y en la aplicación interna de las políticas «globales» debe constituir una actividad permanente. Una actividad que además puede permitir a los movimientos antiglobalización desarrollar conexiones, más o menos puntuales, más o menos sólidas, con otros movimientos y personas. A este respecto, la experiencia de la Consulta Social contra la Deuda Externa llevada a término en la última convocatoria electoral constituye una muestra que apunta un camino a seguir. Primero, porque al exigir una actuación concreta al Gobierno español estaba creando una clara responsabilidad. Segundo, porque se trataba de un planteamiento movilizador que en el plano local propició la incorporación de una variada gama de grupos y activistas que habitualmente desarrollan actividades en otros terrenos, favoreciendo además que por unos días muchas personas mejoraran su información sobre una problemática específica. No siempre se podrá hacer una medida del mismo tipo, pero sí que en cambio resulta pertinente establecer algún tipo de dinámica de seguimiento e interrogación de las acciones de los Gobiernos, de forzarles a modelar sus políticas de modo que cortocircuiten los aspectos dañinos de las orientaciones supraestatales.

Y controla a «tus» empresas

Aunque los movimientos críticos tienden a visualizar el proceso actual como la mera toma de control de la economía mundial por un par de centenares de multinacionales, lo que he tratado de describir es bastante más complejo. La internacionalización productiva ha convertido en multinacionales (empresas con actividades en distintos países) a miles de empresas. Por el contrario, una parte no despreciable de las fusiones de empresas, que se han justificado por la globalización, se han orientado sobre todo al control del mercado local o de algunos pocos mercados nacionales. Tal es, por ejemplo, el caso de la banca española (y de otras muchas fusiones bancarias en otros países), cuyo proceso de fusiones se ha orientado primero a obtener una posición de control en nuestro país (donde los grandes grupos han pasado, si se omite a las cajas de ahorro, de 6 a 2) y posteriormente están tratando de repetir la misma estrategia en unos pocos países latinoamericanos. La compleja reorganización de las grandes empresas a la que ya nos hemos referido tiene efectos laborales y sociales no sólo en el plano internacional sino también en el local. Las transformaciones en el área financiera han conducido a miles de personas a ser partícipes de los rendimientos de las grandes empresas multinacionales. La novedad es especialmente relevante en España que ha pasado de ser un país mero receptor de inversiones extranjeras («colonizado») a con-

tar con un amplio grupo de empresas que operan en otros países («colonizador») aunque mantienen el centro aquí.

Luchar contra los efectos dañinos del proceso pasa sin duda por controlar la acción de estas empresas, fuera y dentro del país. Es hacer frente a toda la variada gama de estrategias lucrativas que tienen impactos sociales negativos, desde la exportación de residuos peligrosos a terceros países (o la importación de bienes producidos en el exterior con altos costes sociales), hasta el chantaje a los derechos laborales en nuestro país bajo la amenaza de la deslocalización de la producción. Por ejemplo: es un hecho notorio que uno de los grandes negocios de la banca española en el exterior lo constituye la gestión de los fondos privados de pensiones nacidos de las políticas de ajuste latinoamericanas (pensiones a las que sólo acceden los sectores más pudientes de la sociedad) y es también evidente que son estas mismas empresas las que están propiciando en nuestro país una reforma de la seguridad social que conduce al desarrollo del mercado de pensiones privadas (en un reciente artículo publicado por *El País* en defensa de este argumento, cuatro de los firmantes realizan estudios financiados por el BBVA y los otros cuatro por las cajas de ahorros).

Desarrollar políticas de control de estas políticas supone una serie de posibilidades diversas. En parte de información, denuncia y control (como las que realizan las campañas por el control del tráfico de armamento). En parte de presiones a las empresas de aquí para que dejen de realizar determinadas actividades en algún lugar del mundo o lleven a cabo otras. Se trata de una experiencia que tiene precedentes en otros países (por ejemplo, el boicot a Nestlé por sus políticas criminales de comercialización de la leche en polvo en África o a Shell por su proyecto de hundir en el mar una plataforma petrolífera obsoleta). No hay sin embargo que perder de vista la dificultad de estas campañas y la necesidad de legitimarlas, lo que exige que se trate de casos muy claros, bien documentados y que tengan un cierto impacto informativo. Ahora que las empresas cotizan en bolsa y que el comportamiento de la misma tiene en parte que ver con las expectativas, las empresas son a veces vulnerables si sus actuaciones negativas pueden traducirse en pérdidas económicas. La fuerza del capitalismo neoliberal no está exenta de «talones de Aquiles».

Pero la presión sobre las empresas no se debe limitar a estas acciones puntuales. El modelo productivo de la flexibilidad laboral tiene importantes costes sociales que ocurren también en el interior de los países desarrollados. Existe, pues, un espacio potencial de intervención, que obliga a repensar estrategias, que ligan algunas luchas en el plano internacional con los movimientos, que de una forma más o menos resuelta, tratan de acotar la acción empresarial en nuestro país. Por esto tiene interés explorar, aunque sea con objetivos muy limitados, la posible cooperación entre movimientos solidarios

y de denuncia de la globalización con movimientos más tradicionales. Propuestas de reforma de las relaciones laborales, o de las condiciones de producción pueden tener efectos en las propias dinámicas de acción empresarial que acaben afectando a su actuación global: por ejemplo la imposición de determinadas condiciones a los productos puede ayudar a provocar cambios que afecten al ciclo completo de la producción, o cambios en la organización laboral pueden acabar extendiéndose a otras latitudes.

En definitiva, hay que pensar que las empresas globales tienen enorme poder, pero también son permeables a lo que ocurra en cada uno de los sitios donde están implantadas y, especialmente, donde su implantación es mayor, que suele ser en los países más ricos. Las mejoras de derechos laborales, ambientales, sociales, que en ellos se consiga, pueden generar presiones sobre la fijación de estándares y regulaciones en los organismos internacionales.

¡La ecología, amigos, la ecología!

Que existe una clara conexión entre los procesos de globalización y la agresión medioambiental en los países pobres es cosa bien reconocida: la destrucción de la Amazonía, los continuados incendios de las selvas indonesias, las destrucciones que en todas partes provocan las compañías petrolíferas, los mil y un desastres provocados por los intentos de establecer agriculturas de exportación, las grandes presas financiadas por el Banco Mundial, los peligros de los transgénicos, etc. forman parte del arsenal de conocimientos de todo buen antiglobalizador. Por ello resulta más extraña la ausencia de conexiones y complicidades que la mayoría de estos movimientos mantienen con los movimientos ecológicos locales.

Esta ausencia puede deberse a que se parte de una mera interpretación del fenómeno del proceso de globalización en términos de explotación del Sur por el Norte y del convencimiento de que las mejoras ambientales en nuestras sociedades poco pueden cambiar el proceso. Desde mi punto de vista, en cambio, ésta es una cuestión bastante crucial. Si no existieran las numerosas constricciones impuestas por el medio natural, sería factible plantear la expansión de nuestro modelo de vida a una escala cada vez mayor (lo que no quiere decir que sea automáticamente factible dadas las relaciones sociales imperantes). Ésta es la pretensión de una parte de la izquierda de talante realmente socialdemócrata (la que uno, por ejemplo, encuentra en la mayoría de Facultades de Economía) y éste es, en el fondo, el planteamiento de la mayor parte de propuestas de ayuda al desarrollo. Lo que resulta evidente es que dicho planteamiento no es posible dados los impactos ambientales que genera el actual modelo de crecimiento y que cualquier estrategia «global» que alcance a toda la humanidad debe basarse en un giro fundamental en las

condiciones de vida y producción. Y en esta vía lo que ocurra en los países del centro resulta crucial. Sobre todo porque su posición mundial, difícil de alterar a corto plazo, constituye un referente tecnológico y cultural para el resto del mundo. Todos los avances que aquí se den en materia ambiental, en creación de un modelo de consumo racional, en reducir el impacto negativo de nuestras actividades no sólo son importantes en sí mismas, para nuestras condiciones de vida y para reducir la «carga» ambiental que generamos al conjunto del planeta, sino también pueden tener un efecto simbólico importante para el resto del mundo. Nos guste o no, las masas de personas que se juegan la vida para entrar en nuestros estados-fortaleza vienen, en parte, atraídas por la posibilidad de acceder a un modelo de consumo que se ha instalado en el imaginario colectivo. Nos guste o no, este mismo modelo impregna nuestras formas de vida (incluyendo el uso de los medios de transporte y comunicación que tan profusamente utilizan los activistas de todos los movimientos globales) y por ello no podemos confiar en un cambio simplemente promovido por pequeños grupos que adoptan formas de vida marginales respecto al modelo dominante. Se trata de promover cambios de escala suficiente para alcanzar efectos ambientales y culturales tangibles.

Existe una cuestión adicional que relaciona las políticas medio-ambientales con los procesos de globalización. Una parte de los procesos de deslocalización productiva, de compartimentación máxima de los espacios económicos, es posible por el bajo coste del transporte. Éste hace rentables los mil y un viajes que muchos productos realizan por el mundo hasta su acabado final, viajes en los que las empresas privadas buscan abaratar costes de todo tipo (no sólo salarios, buscan a menudo eludir impuestos, saltarse normas, contar con suelo más barato, captar subvenciones, etc.). Una política de encarecimiento de los costes energéticos puede por tanto constituir uno de los medios para reorientar la producción mundial sobre bases territoriales más lógicas y encaminarse hacia procesos de desarrollo regional más coherentes. En otro orden de cosas la crisis de las «vacas locas» aporta nuevas razones para defender determinado tipo de controles a los movimientos de mercancías y favorecer procesos productivos menos homogeneizados.

El movimiento antiglobalización con su insistencia en los efectos que causa el proceso de globalización actual en los países pobres puede colaborar también a generar una más sólida conciencia ecológica en los países ricos.

La globalización viene en patera

Una de las cuestiones que impide desarrollar una amplia respuesta social ante las políticas de la globalización es la lejanía respecto al lugar donde se toman las decisiones. Lejanía física y social. Pero hay aspectos de la

globalización actual que tocan directamente a todo el mundo, que generan reacciones de uno u otro tipo y que requieren adoptar medidas y propuestas. Aprendimos a convivir con las multinacionales hace al menos 40 años (con algunas mucho más, la leche condensada la Lechera de Nestlé, las aspirinas Bayer o las lámparas Z han formado parte de la vida cotidiana desde principios del siglo XX), algunos incluso encontraron empleos mejor pagados en estas empresas (algo que no siempre ocurre pero que es bastante común). El aspecto realmente nuevo de la globalización lo constituye en nuestro país la llegada masiva de inmigrantes pobres en busca de empleo y mejores condiciones de vida.

En algunos casos el proceso parece seguir las coordenadas marcadas en alguno de los manuales clásicos sobre los fenómenos migratorios: los migrantes pobres realizan el camino inverso a las inversiones de capital. En parte porque se establecen nexos que permiten construir las vías de acceso, en parte porque las metrópolis generan una demanda de empleo barato en su propio territorio. Más que expulsados por el hambre (aunque las catástrofes económicas del tipo padecido por Ecuador puedan tener efectos parecidos a los que tuvo antaño la dictadura chilena o argentina), puede que vengan atraídos por los nuevos modelos productivos y sociales implantados en nuestra economía por el propio proceso expansivo: la agricultura intensiva de Murcia y Almería, la industria hotelera o la misma construcción han sido sectores expansivos y, en gran medida, ligados al proceso de globalización (el Ejido es un suministrador de hortalizas europeo, la hostelería es claramente una industria «global» basada en el turismo y los desplazamientos del trabajo). La reaparición de las criadas de uniforme es también el resultado de un modelo social que subraya las desigualdades.

Una parte de los empleos de migrantes se sitúan en el mundo de los cuidados a las personas, en buena medida asociado al nuevo fenómeno del envejecimiento poblacional. Un sector que constituye un buen compendio de la dificultad que tiene nuestro modelo económico para convivir con las necesidades sociales de reproducción y atención a las personas. Actividades realmente intensivas en trabajo pero socialmente consideradas inferiores. Encomendadas tradicionalmente a las mujeres por medio de un complejo entramado de chantajes emocionales, procesos culturales y jerarquías existentes en el ámbito familiar y mercantil. La negativa creciente de las mujeres a asumir este rol y las nuevas cargas que impone el envejecimiento social hacen imposibles el mantenimiento del mismo sin un cambio general de las estructuras sociales: sistemas retributivos, prevalencia del mercado sobre la vida social, jerarquías sociales, etc. La emigración pobre, en gran parte femenina, permite resolver la ecuación sin cambiar nada. Manteniendo el espacio de los cuidados como un espacio asociado a personas de enésima clase.

La migración llama a la puerta y nos plantea interrogantes que sociedades como la nuestra nunca se habían planteado. Que exigen aquí respuestas concretas en diversos campos. Una respuesta de tipo cultural-informativo, que ayude a nuestros conciudadanos y conciudadanas a entender el nexo que existe entre los actuales procesos económicos y las migraciones, a que sean capaces de relacionar las migraciones de pobres con las lógicas de especialización productiva internacional y desigualdades sociales que a ellos también les afectan. A permitirles un marco de referencia que ayude a limitar las paranoias y pánicos que este proceso genere, y los prepare para convivir con personas que tienen vínculos culturales y experiencias sociales diferentes (y a la vez comunes en muchos aspectos). Esta tarea cultural, sin resultados inmediatos, es totalmente necesaria, aunque no suficiente. Aunque muchos puedan entender la función que realizan los migrantes pobres en nuestro sistema social, el miedo persiste. Precisamente por esto, porque de alguna forma cualquiera sabe que alguien maltratado es alguien peligroso, y a menudo la mala conciencia se transforma en odio y desprecio hacia la víctima. Por esto las acciones sobre la emigración deben ser capaces de combinar buena información, demandas éticas y procesos serios de integración. Procesos de mutuo conocimiento y respeto, de resolución pacífica de los conflictos que se generan a diario por cuestiones nimias. También de medidas que reduzcan las tensiones que se crean entre los nativos y los recién llegados cuando compiten por bienes y servicios mal dotados. Particularmente en el acceso a servicios públicos infradotados. Se trata de una «competencia» que afecta a los pobres (residentes tradicionales y recién llegados) y que explica, en parte, porque las mayores «explosiones» de racismo abierto se producen en los barrios de clase obrera. Las capas medias altas y los ricos simplemente practican una forma de segregación. Por esto también las políticas migratorias vuelven a obligarnos a repensar las políticas sociales y a desarrollar movimientos reivindicativos que puedan agrupar a nativos e inmigrantes pobres en luchas comunes.

La migración es la globalización en nuestro territorio. Una oportunidad de empezar a repensar nuestro modelo social. De iniciar procesos que realmente conduzcan a una globalización alternativa. Pero también el peligro de que si fracasamos en este intento se pueden ir al garete por muchos años las mínimas dosis de igualitarismo social que perviven en nuestras sociedades y que son la palanca básica en favor de modelos o experiencias alternativas. Detrás de un fracaso en esta cuestión está algún modelo social fascistoide, segregado socialmente, machista y ecológicamente depredador. Y ésta es una batalla que ya esta teniendo lugar cotidianamente en nuestros barrios y pueblos, no sólo en las iglesias donde, cuando escribo, siguen encerrados cientos de migrantes pobres, sino en muchos de nuestros espacios de vida social.

La cuestión migratoria es quizás la principal batalla que hoy tiene la lucha por una globalización alternativa. Tiene lugar en nuestro entorno. Y no acaba con unas simples legalizaciones de papeles (aunque ojalá se produzcan), requiere un esfuerzo continuado.

Y la cultura es un terreno para cultivar

La globalización actual es también un proceso cultural. Posiblemente el terreno cultural es donde más ha avanzado la globalización. Y lo ha hecho principalmente a través de dos canales diferentes pero ambos de gran influencia: los medios de comunicación y ocio de masas (cine, televisión) por un lado, y el sistema científico-universitario por otro. El primero se dirige al conjunto de la sociedad, aunque posiblemente su impacto es desigual entre diferentes clases y grupos sociales (incluso habría que preguntarse si realmente la globalización es tan «global» cuando, por ejemplo, se sabe que la India sigue siendo el primer productor cinematográfico mundial). El segundo es un canal crucial de homogeneización y conexión entre las elites dirigentes y los grandes creadores de opinión.

Se trata sin duda de dos grandes espacios a los que hay que prestar atención y sobre los que se requieren políticas precisas. Políticas en las que se debe hilar fino. Pues no se trata ni de contraponer una supuesta «cultura nacional o local» a una «cultura cosmopolita» ni de combatir los excesos tecnocráticos con el irracionalismo y el esoterismo. Mi formación y experiencia me impide sugerir propuestas en el plano de la cultura de masas, aunque intuyo que hay diversas propuestas actuales que indican caminos transitables: desde el diseño de políticas alternativas en el plano cultural (y tenemos aquí algunos buenos ejemplos de experiencias de producción cultural de base, desde centros artísticos autogestionados que han alcanzado una cierta presencia local hasta los incipientes espacios de exhibición de cine alternativo que permiten tejer una minired alternativa a las omnipresentes cadenas de cines controladas por las «majors» californianas) hasta la lucha por una legislación favorable a la producción cultural democrática.

Creo también que uno de los mayores errores de los movimientos alternativos es la de plantear su relación con los medios masivos exclusivamente en términos de enemigo al que oponerse. Es indudable el control que sobre los mismos ejerce el poder político y económico, pero quedarse en esta denuncia constituye de hecho aceptar de antemano una derrota cultural. En realidad, éstos no se limitan a ejercer de meros propagandistas del poder ni son completamente impermeables. Ejemplos de movimientos que han conseguido un cierto éxito mediático hay bastantes, desde Greenpeace hasta la reciente movilización de los inmigrantes. En todos los casos en los que esto se consigue

parece claro que existe una relación entre la naturaleza del mensaje, su capacidad de implicar a los productores de información (apelando a sus valores éticos, a sus propios conocimientos) y la forma cómo se emite el mensaje. Y en este último ámbito es evidente que nada es tan inútil para ganarse el apoyo de los medios como las acciones violentas.

El campo científico desempeña un papel muy activo en el proceso de globalización actual. De hecho, la comunidad científica es el grupo social más internacionalizado, donde los U.S.A. han desarrollado una importante red de relaciones a través de su potente sistema universitario. Un mundo que se mueve por códigos y sistemas institucionales particulares. Si bien es cierto que algunas de las líneas más apoloéticas del actual proceso provienen del campo científico, de la Economía en particular, también es cierto que allí mismo se han gestado gran parte de los análisis críticos en todas las áreas del saber. Se trata sin duda de un campo de trabajo particular de algunas personas, pero un campo de trabajo imprescindible. Las buenas respuestas de los movimientos sociales necesitan de buena elaboración científica. Y éstas sólo serán posibles si existen personas dispuestas a trabajar con rigor y esfuerzo en este campo, en diálogo y confrontación con las corrientes dominantes, y si los grupos activistas mantienen una relación fluida con los mismos. Una vieja consigna de Lenin a los cuadros del partido, «¡Estudiad, estudiad, estudiad!», sigue pareciéndome tan buena hoy como en el pasado. Se pueden cometer muchos errores con el seguimiento acrítico de muchas ideas tecnocráticas, pero los errores pueden ser tanto o más graves si los movimientos sociales se encierran en el autismo de cuatro verdades mal aprendidas.

Y el pacifismo una acción imprescindible

Que los imperios requieren fuerza militar lo sabe el más tonto. Que el actual modelo económico mundial descansa en parte en el potencial bélico estadounidense (con el complemento del resto de fuerzas otomanas) es obvio. Que el sistema económico se regula en parte por acción bélicas «puntuales» nos lo recuerdan casi a diario los bombardeos que padece Iraq, en aras a mantener tolerable el precio del petróleo. Que las dictaduras militares que pululan por doquier provocan gastos bélicos y guerras, que conducen a aumentar la deuda externa, al tráfico de armas, a la destrucción de la sociedad y a la muerte, es algo tan evidente que repugna recordarlo. Cualquier buen globalizador sabe la relación que existe entre guerra - intereses económicos - industria armamentista - miseria y ausencia de democracia.

Y, sin embargo, parece que más allá de una cierta retórica antimilitarista (que a veces se esgrime para legitimar acciones violentas contra «el enemigo») el pacifismo ha dejado de ser una cuestión candente. Sobre todo después

de que el movimiento anti-mili haya tenido éxito y hayamos pasado a un ejército profesional al que sólo van a apuntarse los cuatro «pringados» que no tienen otra opción laboral (en el futuro es posible que el enrolarse en «nuestro» ejército vaya a convertirse en una de las vías más directas para que los inmigrantes sanos y fuertes consigan papeles; ya hace muchos años que los pobres nepalíes constituyen la fuerza de choque del imperio británico). Con todo, la aportación nacional a la cara bélica de la globalización es muy importante en muchos aspectos: desde el papel crucial que para los movimientos de los Ejércitos yanquis siguen jugando las bases de Rota y Morón, pasando por una lucrativa actividad de exportación de armamento a todo aquel que paga (y habitualmente quien compra armas tiene malas intenciones) Hasta la participación reiterada del ejército en actuaciones internacionales casi siempre impresentables. Por más adjetivos que se le pongan, las bombas de uranio empobrecido o el bloqueo económico causan la muerte de miles de inocentes.

Este país ha globalizado su política militar. Y lo ha hecho casi sin ninguna respuesta social. Quizás porque los viejos pacifistas (para entendernos: los del movimiento anti-OTAN) no supimos explicar qué tenía que ver aquello con todo esto. O quizás porque la derrota de entonces convirtió al pacifismo en un caballo perdedor. O simplemente se sigue pensando que esto del pacifismo en serio es sólo cosa de viejos sin ganas de marcha. Pero lo cierto es que, al igual que en otros campos, una lucha pacifista tenaz es un componente básico para ayudar a erosionar las políticas coercitivas que están en el trasfondo de la globalización y a desarrollar formas diferentes de relación humana que supongan una alternativa real al violento sistema imperante.

Consideraciones finales o ¡más a mi favor!

A lo largo de estas notas he tratado de mostrar las conexiones que tienen las demandas antiglobalización con las políticas locales, con las actividades que desarrollan muchos movimientos sociales y muchas instituciones y personas no encuadradas en movimientos. El objetivo no es el de negar la actividad de denuncia y confrontación con las instituciones del capitalismo global sino el de tender puentes, conexiones y complicidades con otras experiencias y procesos sociales. Y reforzar la conciencia de que la lucha contra el neoliberalismo no se acaba en Niza o en Doha (donde será prácticamente imposible intervenir). Quisiera reforzar estas notas con tres indicaciones finales a favor de esta línea argumental:

En primer lugar, subrayar que el sistema social actual debe entenderse como una interrelación de subsistemas entrelazados entre sí por múltiples y com-

plejos vínculos (económicos, políticos, culturales, etc.). Estas interrelaciones obligan a pensar tanto en la dificultad de imponer cambios espectaculares a corto plazo como en la posibilidad de que las dinámicas en alguno de los subsistemas tengan influencias sobre el conjunto. Por ello, considero errónea la visión de los meros planteamientos Norte contra Sur o la consideración de unas pocas instituciones como las causantes de los problemas globales. Sin procesos de cambio en las estructuras sociales de los países más poderosos es difícil que se alteren las cosas en el sistema global. Sin dinámicas de presión local es difícil que varíen las lógicas dominantes en las instituciones supranacionales. Por esto considero que cualquier política de acción internacionalista debe avanzar con múltiples patas y poner en duda las estrategias que ofrecen una única senda lineal.

En segundo lugar, y en relación con lo anterior, olvidar los movimientos locales supone perder de vista la importancia de la emulación en una sociedad donde si algo existe es una difusión rápida de la información. La mayoría de iniciativas que han tenido algún eco social en los últimos años han tenido su origen en propuestas locales convertidas en puntos de referencia. La misma cumbre de Porto Alegre quizás no se hubiera podido realizar si en esta ciudad no existiera desde hace tiempo una experiencia novedosa de gestión municipal participativa que ha empezado a ser referente para bastantes políticas de izquierdas. Si es innegable el impacto mediático y cultural de Seattle o Praga no son menos importantes este cúmulo de experiencias y acciones que muestran a millones de personas formas concretas de cambiar su vida cotidiana.

Por último, subrayar que cualquier movimiento que quiera conseguir cambios profundos, como es el caso del movimiento antiglobalización, debe pretender alcanzar una audiencia masiva, conseguir que millones de personas participen de alguna u otra forma de esta transformación. Y en sociedades tan complejas como la actual, con tal elevado grado de atomización social y de proliferación de intereses, instituciones, movimientos y centros de atención variados, ello sólo es posible si se desarrollan alianzas, conexiones, redes que funcionen a niveles diferentes. Que permitan movimientos autónomos y cooperantes entre sí. Que acepten que los procesos se producen a ritmos y con lógicas que no siempre son completamente unitarias. Por esto, el movimiento antiglobalización, necesita también de una reflexión local. Una reflexión que ayude a crear una conciencia global alternativa, a la construcción de un mundo donde la especie humana pueda vivir en paz con el planeta y consigo misma.

Nou Barris (Barcelona), febrero de 2001